



Brava

© Maggie Leri, 2026

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Armado de interior: Claudia Solari

Fotografía de tapa: Rafa Lejtregger

Fotografía de la biografía: Eduardo Venialgo

ISBN 978-950-02-1720-0

1ª edición: enero 2026

Impreso en Printing Books,

Mario Bravo 835, Avellaneda,

provincia de Buenos Aires,

en enero de 2026.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Leri, Maggie

Brava / Maggie Leri. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

256 p. ; 22 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1720-0

1. Superación Personal. 2. Desarrollo Personal. 3. Autoayuda. I. Título.

CDD 158.1

Los consejos dados por el autor en este libro son recomendaciones abiertas y generalizadas. De ningún modo reemplazan o pretenden reemplazar el asesoramiento o consejo profesional especializado y personalizado en la materia. Consulte con su profesional especializado y personalizado antes de poner en práctica cualquier sugerencia y/o consejo que el autor pueda indicar en el presente libro. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de los consejos, sugerencias o prácticas que puedan ser propuestas por el autor en el presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

Brava

MAGGIE LERI



 Editorial El Ateneo

Para ella.

Para ellas.



*A veces pienso en la muerte.
Ya sé que nadie puede elegir; pero, si pudiera,
me gustaría que fuera en el agua.
No algo feo, sino etéreo...
Yo ahí, en la inmensidad del océano, suspendiéndome, mirando
y disfrutando ese vacío del fondo. Flotando en un hermoso silencio.
El agua es todo para mí. Es calma y paz. Limpia y cura.
Borra. Va y viene. El agua es un nuevo comienzo.
He buscado durante años metáforas, cuentos,
disfraces que ilustren quién soy; que cuenten, pero no cuenten.
Y he acabado aquí, hablando de frente,
sin excusas ni rodeos, sin maquillaje.
Brava.*

*Esta es la manera en la que yo recuerdo lo que recuerdo.
Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.
Es una historia de vida, no pretende ser un sustituto de
recomendaciones o sugerencias médicas ni profesionales.*

ÍNDICE

Primera parte	13
Miedo	14
Nosotros	17
Pequeña	19
Temblar	33
Pedreira	36
Buscar	45
Sí	55
Mirar	61
Correr	64
Papá	78
Partir	82
Segunda parte	87
Nada	88
Tercera	93
Fuego	96
Hueco	100
Duro	102
Veinte	109
Señales	118
Brote	120
Abrir	131

Hierro	137
Círculos	151
Romper	159
Recreo	162
Recalcular	172
Hacer	179
Mamá	184
Él	187
Ella	200
Tercera parte	211
Parar	212
Ironman	223
Unesco	226
Brava	229
Apéndice	235
Agradecimientos	239
Navegar	240
Notas	251

En los primeros días de enero de 2019, y estando de vacaciones en Uruguay, decidí participar de la Carrera de San Fernando. Era mi primer evento deportivo internacional después del diagnóstico.

Aldo, uno de mis hermanos, decidió acompañarme. Cuando llegamos, ya habían marcado la salida y los participantes iban bastante adelantados. Todos corrían. Yo iba caminando. Algunas de las personas, apostadas al costado de la calle, me alentaban al pasar, otras hacían comentarios al verme caminar tan lento.

En Paraguay, mi país, no hacía falta que explicara por qué caminaba en vez de correr, casi todos conocían mi historia.

Esta era una carrera de cinco kilómetros. Cuando llegamos a dos, un policía en moto se acercó a nosotros.

—¿Está lesionada? —preguntó al verme caminar con esa renguera que tengo en la pierna derecha cuando a mi cuerpo lo empieza a abrazar ese pegajoso y perpetuo cansancio.

—No —le dijo Aldo—, está bien.

Iba, por primera vez, sin bastones a una competencia. En esos días, durante mis entrenamientos en Punta del Este, había observado que no necesitaba usarlos para caminar, podía llegar a hacer siete kilómetros y medio sin problema, aunque paraba cada tanto a descansar y tomar fuerzas para continuar. En Asunción, en cambio, lograba completar con mucha dificultad cinco kilómetros, siempre con bastones debido al aplastante calor. “El aire de mar es así —me explicó un uruguayo—. No entendés cómo puede caerte tan diferente en el cuerpo”.

Sentí el olor penetrante y embriagante del viento salado del mar. Mi mente también trajo el recuerdo del olor de las veredas de mi ciudad. Uno totalmente diferente, amoniacoso, que me recordaba a andar en bici a las cinco de la mañana.

Caminaba en silencio pensando en que, cuando uno de los sentidos no funciona bien, otro se potencia. “Los sentidos. Son cinco. Vista. No veo bien las letras pequeñas del celular o de los libros, pero es por la edad, ¿verdad? Oír... No sé, creo que escucho bien. ¿Huelo? Sí. Soy hipersensible a los olores. Me invento historias con las personas que cruzo: la gente ocupada y que trabaja, los que se acaban de bañar, los que no lo hacen hace días, los que vuelven del gimnasio o de la calle, los que están recién perfumados, los que están de paso. Tacto, intacto. Gusto, intacto”.

—Allá están preparándose los que van a correr los diez kilómetros —me dijo Aldo, despertándome de mis pensamientos.

Afirmé con la cabeza, aunque mi mente seguía anclada en los olores. Ese rancio de la ropa mojada, el gruyeroso de los pies sucios, el del agua estancada en los floreros. “Odio las flores, me hacen acordar a los velorios”. El aroma delicioso e infantil del pasto recién cortado, de la piel arrugada de la abuela Maga, del ropero de trébol de mamá, el olor a peleas de los fideos al tuco. El olor valiente que emana de la tierra roja mojada, el olor del que abraza, ahhh, ese olorcito de la sábana recién planchada. Aquel del sol calentando el piso, mi casa de Zaballos-cué. El sublime de los cajones de la mesita de luz de mamá, conjuro de alcanfor y palo santo, también el de la Biblia en el mueble del frente de la casa, el de la avena quemándose en el horno, el de la lluvia que sacude el aroma de herrumbre de las canaletas.

—Chamiga,¹ concéntrate —me dijo Aldo, al ver que casi había tropezado.

Nos seguía de cerca el policía, escoltándonos. La gente nos saludaba al pasar, ya se percataban de que algo me pasaba; yo le tomaba del

brazo a Aldo, sintiendo que no podía más. Estábamos haciendo el último kilómetro y medio, los gritos y el barullo propio de la meta nos llegaban y erizaban la piel.

—Falta poco, Maggie —me dijo Aldo.

—¿Querés parar? —me preguntó el policía.

—Decile lo que tengo —le dije a mi hermano.

Aldo lo hizo; entonces el policía frenó y se acomodó sobre su moto.

—Conozco la enfermedad. Falta poco, vas a llegar, claro que sí, sos muy valiente —me dijo el uruguayo, mientras yo iba subiendo la última cuesta, con mucha dificultad.

Levanté la mirada y vi, a lo lejos, la meta. La gente detrás de las vallas gritando a los costados de la avenida por donde pasaba la carrera. Las luces, las bocinas, los aplausos, mi hermano callado, mirando todo el espectáculo. La sonrisa de esa gente extraña que me estaba animando a llegar. La emoción de andar sin bastón. Gente extranjera dándome su apoyo. Mi primera carrera fuera de mi país. Las cámaras. Los celulares grabando y tomando fotos. Piri² absoluto. Mi sonrisa enorme.

Las carreras de calle en Uruguay son diferentes de las de Paraguay. Los charrúas esperan al primero y también al último en llegar. Ambos son recibidos como ganadores. Eso nunca, hasta ese momento, lo había experimentado. A mí siempre me pasaba, en mi país, que cuando llegaba casi ya no quedaba nadie, estaban desmontando la cartelería o retirando los indicadores de kilometraje. Pero esto era una verdadera fiesta. ¡Me estaban animando por llegar última!

El presentador anunció que la última participante estaba llegando y fue caminando hasta donde yo me encontraba, para hacer los últimos pasos conmigo hasta la meta. Lejos del micrófono, casi al oído, mientras seguía avanzando, le dije:

—Por favor, contá que tengo esclerosis múltiple y soy de Paraguay.

Me miró sorprendido. Seguro antes habría pensado que caminaba lento porque estaba cansada o lesionada. Entonces, lo anunció al micrófono:

—¡Es paraguaya! ¡Tiene esclerosis múltiple! ¡Ayudémosla a llegar a la meta! ¡Todos a dar su apoyo!

Me emocioné entonces, así como ahora me conmueve recordar esa grandiosa llegada, los gritos y aplausos, las caras de aquellos extraños que me daban fuerzas para caminar esos últimos metros. Sencillamente hermoso. Había sido un largo recorrido para llegar hasta allí y lo sería aún más a partir de entonces...



Primera parte

Son varias las veces que me rompí emocionalmente. De esos quiebres que quedan tatuados sempiternamente y no hay terapia que los haga ir. Tajos rotundos y soberbios que abrieron el firme piso que me sostenía y me dejaron caer en un mundo del cual no supe defenderme. De ellos, el acto del colegio no sé si fue el más grave, pero tal vez sí el más significativo a lo largo de mi vida.

MIEDO

Un día, cuando desperté e intenté levantarme de la cama, me fui directo al suelo. Mi cuerpo se puso como una gelatina recién golpeada por una cuchara. Como si intentara levantar una sombrilla contra el viento imparable de la costa. Estaba desconectada, no respondía.

“Si yo tengo eso que vos tenés, me mato”. Encontré el mensaje en mis redes. No lo conozco, no sé quién es. Solo sé que sabe lo que tengo y ha decidido matarse si tiene lo mismo.

No sabe cuán peligroso es lo que me dice.

Es peligroso porque a veces pienso en morir.

Estoy parada en mi balcón. Sola. Es de noche. El mar está frente a mí. Soberbio. Incólume.

Lo he decidido.

Mientras la ciudad duerma, voy a cruzar la calle y entrar al mar.

Con actitud. Voy a entrar, y me voy a dejar llevar.

Siempre me he sentido sola. Tal vez eso he querido o tal vez así me han criado. Sola. Ese estar sola me hizo sentir insegura. Valiente, no. Insegura. Con miedo, mucho miedo. El miedo se fue trasladando no solo a una cuestión de estar o no con alguien en un espacio físico. El miedo se fue tejiendo como una complicada red de “mejor no lo hagas, mejor no lo pienses, ahí no te metas”. Se apoderó de mi mente. Me dijo basta una y otra vez. Me hizo retroceder, no dar vuelta la página, esconderme, no aparecer, no hablar, callar, no mirar. El miedo. El miedo me dijo todo este tiempo: “Ni lo intentes”. Me ha hecho cobarde, rebelde, cretina,

prepotente, tirana. Me ha hecho engañar, embaucar, mentir, doblar, torcer. El miedo me ha hecho pequeña. Se metió entre mis venas, se escondió en mi médula, me arrancó las raíces, me descuartizó la mirada. Se me enredó como el sargazo en las piernas. El miedo me obligó, me acobardó, me hundió. Me mató. Me salvó.

Tengo cincuenta y dos años.

Siguen apareciendo ambos de noche.

La muerte y el miedo.

Todas las noches la muerte.

Todas las noches muero. Pienso en mil maneras en que se apague la luz. Que me lleve, que me lleve, le pido a Dios, a quien hablo como si estuviese frente a mí y yo fuese una niña pidiéndole que vayamos por dulces. Lo pido y me arrepiento vergonzosa, como si corriese a refugiarme tras unas faldas protectoras.

Todas las noches el miedo.

Todas las noches tiemblo. Siento que alguien me sigue desde el pasillo hasta mi habitación. Es como si se prendiese la noche pero desconectara mi adultez. Me transporto a ser niña, a sentir horror a que mi madre pida que vayamos a dormir. Siento que alguien está debajo de la cama, dentro del placar. Vivo aterrorizada de dejar un centímetro abierta una de las puertas. Corro la cortina de la ducha; siento que alguien está ahí. Voy caminando por el pasillo y me doy vuelta a ver quién está detrás de mí. Lo siento. Siento que hay alguien. Miedo genuino. Voy prendiendo y apagando todas las luces que van de la sala a mi cuarto. Un nado sincronizado de una mente loca perseguida por nadie.

Llega la noche y siento que no he hecho nada durante el día, que otra vez no lo he logrado. Me agota. Me agota tanto como cuando

camino y no logro moverme. Me acuesto, pongo una almohada bajo la cabeza, otra bajo las rodillas, y la tercera la abrazo con mi lado izquierdo como si fuese uno de aquellos peluches que me regalaban de adolescente. La pongo un poco encima de mi cara, para que tape esos ojos que siento encima. Estoy grande para sentir tanto miedo. Me quedo dormida de tanto rezar esperando que “El ángel de la guarda” que repito sin cansancio me proteja de ese que creo que me mira desde arriba.

Cuando despierto por la mañana, me siento aliviada al ver que hay luz afuera, que logré pasar la noche, que ahora puedo volver a hacer todo de vuelta. No me cansa el amanecer, me energiza. Me cansa la noche, me entristece, me bajonea, me da miedo, me recuerda lo que no hice, lo que falta.

La noche. La muerte. El miedo.

El día. La vida.